

una nota con letra poco legible: «Me arrojo al mar». En la mañana, su cadáver es encontrado flotando en las aguas frente a la playa La Perla. Por décadas, se tejió el mito de que Alfonsina se había adentrado al mar caminando despacio, aludiendo a una escena de romántica resignación. Pero la verdad es que se arrojó desde un espigón a un mar de olas desordenadas, ya que esa noche era una de lluvia torrencial. Alfonsina debió armarse de gran valor para tirarse a ese mar agitado y oscuro.

La razón del suicidio de Alfonsina es comprensible: ella, que había sido dueña de sí, que había luchado y vivido intensamente, no fue capaz de aceptar una enfermedad mortal que la hacía esclava de la morfina sólo para sobrevivir o sobrevivirse. Alejandro explicó que su madre siempre fue «coherente y también lo fue para la muerte. No estaba para morir en una cama, y tenía tres meses de vida. Sabía que si se dejaba estar llegaría un momento en que no tendría energías para quitarse la vida. Sufrió, pero nunca le reproché su muerte. Ese día agoté mis lágrimas».

De acuerdo a las investigaciones de Al Álvarez, existen tres tipos de suicidios: el egoísta, el altruista y el anómico. El egoísta ocurre cuando el individuo no se encuentra integrado adecuadamente a la sociedad. Este suicidio aumentó, precisamente, con el advenimiento de la vida moderna y el cuestionamiento existencial, cuando la ciencia socavó la simple creencia de un Dios omnipresente que presidía el origen, y la vida familiar pasó de un núcleo donde convivían abuelos, hijos y nietos en un mismo hogar, a uno disperso, desintegrado, incomunicado. El suicidio altruista ocurre cuando la persona se compenetra tanto con un grupo –sea una tribu, una religión u otro– que adopta la identidad y las metas del mismo; claros ejemplos son los suicidios colectivos de los miembros del culto *Heavens Gate* o del de Jim Jones en Guyana en 1978. Y, por último, el suicidio anómico es el resultado de un cambio tan repentino y drástico en la vida del individuo, que lo incapacita para enfrentarse a la nueva situación. Esta persona decide morir porque ve destruido su mundo cotidiano y se siente extraviada. Teniendo en cuenta esta clasificación, hasta aquí hemos revisado tres suicidios anómicos, es decir, cometidos por personas en circunstancias extraordinarias: Lugones debido a una situación personal desesperante en la que seguramente hizo un balance de su vida y se vio a sí mismo como un ser desagradable; el solitario y desterrado Quiroga, por el descubrimiento repentino de una enfermedad mortal; y Alfonsina, porque la asustaba la idea de morir esclavizada a una cama cuando ya sabía que

en tres meses o poco más, se iría de todos modos. Como se observa, en ninguno de ellos hay indicios de un rito macabro, como sí lo hay en el caso de Alejandra Pizarnik, cuyo caso representa un suicidio de tipo egoísta.

Alejandra Pizarnik se mató tomando una sobredosis de seconal sódico a la edad de treinta y seis años. En septiembre de 1972 estaba internada en una clínica psiquiátrica, pero logró convencer a los médicos de que se encontraba estable y le permitieron pasar el fin de semana en su apartamento. Alejandra les había mentido para llevar a cabo su plan: antes de ingerir la dosis mortal, maquilló a sus muñecas como en una especie de siniestro acto teatral, se rodeó de ellas y escribió en su pizarra: «No quiero ir más que hasta el fondo».

Desde que Alejandra era adolescente recibió tratamiento psiquiátrico. Sufrió constantes depresiones y en su etapa adulta adquirió una adicción a las anfetaminas que le permitió mantenerse despierta durante noches enteras para sostener su inspiración poética. (En realidad, esta adicción le venía desde la adolescencia y las tomaba para adelgazar.) En sus diarios son innumerables las veces que menciona la palabra *angustia* e incluso llega a escribir que «cuando no estoy angustiada, no soy». En sus escritos se adivina una tristeza innata y hasta primitiva, que ella llama «herida inmemorial... anterior a la palabra». Alejandra se sentía huérfana, *outsider*, abandonada. ¿La razón? Ella misma la da: su desgarró frente a la elección de aceptar o rechazar el mundo. Alejandra no era capaz de acceder a la realidad cotidiana y doméstica; solía escribir que «no sé hablar más que de la vida, de la poesía y de la muerte. Todo lo demás me inhibe, o, lo que es lo mismo, es objeto de mi humor». Al parecer, la abrumaba una sensación de desarraigo, por lo que, a medida que pasaban los años, ese rechazo fue creciendo al punto de «no sentirme en familia en el mundo». En este sentido, su vida estuvo marcada por el miedo; en su poema «Canto» (*La última inocencia*, 1956), escribió: «el tiempo tiene miedo / el miedo tiene tiempo / el miedo / pasea por mi sangre / arranca mis mejores frutos / devasta mi misteriosa muralla...» Y a ese miedo se le unía la creencia de haber tenido una infancia rota: «La luz es demasiado grande / para mi infancia. /.../ Mi infancia / sólo comprende al viento feroz / que me aventó al frío / cuando campanas muertas / me anunciaron» («Origen», *Las aventuras perdidas*, 1958). (Varios testimonios aseguran que Alejandra nunca trató bien a sus padres, inmigrantes judíos del Este de Europa.) Sólo la escritura aparecía como un salvavidas en las aguas de ese naufragio emocional: «¡He de tapar el fracaso de mi vida

con la belleza de mi obra!» La literatura se convirtió en el único amor posible en su vida, algo que la llevó a elegir una vida noctámbula y solitaria. Sin embargo, siempre la asaltó el temor a enloquecer, otra de sus grandes angustias. Los libros y la escritura eran los bastones que sostenían su anhelo de lucidez y cordura, lo que le permitía trabajar para alcanzar su objetivo vital: convertirse en una magnífica poeta y escritora, algo que su obra, sin lugar a dudas, demuestra. En 1958 había escrito: «He meditado en la posibilidad de enloquecer. Ello sucederá cuando deje de escribir. Cuando la literatura no me interese más». Pero en este sentido se mostró contradictoria: también buscaba un estado de locura ideal, la imagen de un paraíso donde existiera lo mágico, las ensoñaciones, lugares más interesantes que la pobre y vulgar realidad. No obstante, en 1971, un año antes de su suicidio, ya decía: «Abandono de todo plan literario... Las palabras son más terribles de lo que me sospechaba. Mi necesidad de ternura es una larga caravana... sé que escribo bien y esto es todo. Pero no me sirve para que me quieran». Alejandra padecía de lo que se ha llamado instinto de muerte, un padecimiento donde el dolor de la melancolía llega a convertirse en una fuente de placer. Por lo tanto, su vida no estaba aquí, sino en otra parte, y sus movimientos los controlaba un centro sombrío y confuso. El suicidio de Alejandra pudo haber sido un intento de exorcismo. La prueba es que la forma operística en que se mató, pareciera haber sido para ella más importante que el fin: la cavilación de los detalles, perfeccionados a la hora de llevarlos a cabo como si fuera un poema, una especie de *happening* irrepetible que expresaba su locura de forma singular. Dentro de ella seguía poderosamente viva la niña, la que, según ella, había experimentado una infancia infeliz. Este tipo de suicida no se hace, nace, y sus motivos —angustia, desesperación, pérdida, culpa— aparecen desde joven, cuando todavía no es capaz de comprenderlos y manejarlos. Cuando finalmente llega a reconocerlos con objetividad, esos motivos se han arraigado tanto dentro de sí, que se han convertido en una forma de ser. Sólo en la muerte cree encontrar la calma y el dominio que nunca encontró en vida.

Conclusión

El suicidio es un hecho trágico y doloroso; sin embargo, ha pasado a convertirse en una estadística rodeada de falacias, supersticiones, que no permiten que sea considerado como lo que posiblemente es: un acto

humano, de soledad, que no eliminará ni la sociedad más perfecta; un duelo que se tiene contra la melancolía, que, como bien decía Camus, «se prepara en el silencio del corazón, como las grandes obras de arte». Quizá la única manera de evitarlo sea la que Peter Sainsbury en su libro, *El suicidio en Londres* (1955), ofrece: si fuera posible romper el anillo de soledad que el suicida construye a su alrededor, si se pudiera llevar al aislado de su lugar sombrío al bullicio de la vida, quizá se pueda resolver el problema del suicidio. Sin embargo, el suicidio siempre será un acto misterioso. Como decía Auden: «Los deseos del corazón son más retorcidos que un sacacorchos». Los motivos verdaderos por los que alguien decide quitarse la vida pertenecen únicamente al mundo zigzagueante, contradictorio, oscuro y laberíntico del interior de cada persona, algo que será siempre invisible a la mirada, una mirada que en el último siglo se ha vuelto cada vez más escéptica, pragmática, a la deriva. Es la mirada del mundo de siete pozos que Alfonsina dibujó con imágenes verbales esperpénticas.

Bibliografía

- ÁLVAREZ, Al, *El dios salvaje*, Emecé/Planeta, Barcelona, 2003.
- DELGADO, Josefina, *Alfonsina Storni. Una biografía esencial*, Planeta, Buenos Aires, 2001.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *El hermano Quiroga. Cartas de Quiroga a Martínez Estrada*, Ayacucho, Caracas, 1995.
- NALÉ ROXLO, Conrado y Mabel MÁRMOL, *Genio y figura de Alfonsina Storni*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1966.
- PHILLIPS, Rachel, *Alfonsina Storni. From Poetess to Poet*, Tamesis, London, 1975.
- PIZARNIK, Alejandra, *Diarios*, Lumen, Barcelona, 2003.
- *Poesía completa*, Lumen, Barcelona, 2001.
- PLEITEZ VELA, Tania, *Alfonsina Storni. Mi casa es el mar*, Espasa, Madrid, 2003.
- PULIDO, Margarita, «Alfonsina Storni, más que una poetisa», *Revista del Hogar Obrero*, n° 822, Buenos Aires, diciembre 1988.
- «Alejandro Storni, el hijo de la poesía», *Revista Viva, Clarín*, 21 mayo 1995.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*, Losada, Buenos Aires, 1968.
- QUIROGA, Horacio, *Cuentos*, Leonor Fleming (ed.), Cátedra, Madrid, 1999.